

ACOTACIONES

Por FRANCISCO ICHASO

LA ISLA SIN PARQUES

EL poeta León Felipe estuvo recientemente en La Habana. Lo vieron pocos, porque no vino a que lo vieran, sino a ver. Había estado por aquí en veces anteriores,

pero la gente de la ciudad le había impedido ver la ciudad. Ahora guardó celosamente el incógnito y se perdió por el pequeño laberinto de La Habana vieja y cruzó de noche

la bahía y hasta se indignó con el adefesio en que la "cubanidad" trocó la Alameda de Paula. Como una síntesis de sus andaduras, León Felipe, en trance ya de despedida, le dijo a un amigo: "Tienen ustedes una ciudad graciosa, graciosa porque, como algunas mujeres de mi tierra, salió graciosa".

El elogio no es muy subido, pero nos parece exacto. La Habana es bonita porque sí, como esas muchachas que sin arreglarse ni pintarse agradan porque nacieron para agradar. Otras ciudades nos atraen por el cuidado que la mano del hombre ha puesto en acicalarlas y pulirlas. La nuestra no. La nuestra es una ciudad descuidada, negligente. Aquí casi nadie se preocupa por seguir el consejo goethiano de "ayudar a la naturaleza". Al contrario, más bien parece que nos empeñamos, con cierta rara malignidad, en desdeñarla y contrahacerla. Cada cual usa de la ciudad como le viene en ganas, sin respetar el alineamiento de las calles, sin cumplir las ordenanzas de construcción, sin tener para nada en cuenta las disposiciones sobre urbanismo. El habanero cree que el pedazo de la ciudad en que habita es un feudo sobre el cual tiene pleno dominio y hasta el cual no llegan ni los textos legales ni las providencias de la autoridad. En pleno Malecón se ha levantado un edificio de azulejos, que es la última palabra en materia de cursilería, de amenaza al ornato capitalino, y nada se hizo para impedir el desaguisado ni nada se ha hecho para que su autor lo rectificara o sea rectificado a su costa. Ejemplos como éste de mal gusto tolerado y legalizado podríamos señalar muchos.

Hay además la tacañería del espacio. Nadie quiere desperdiciar una pulgada de terreno para acera, para jardín, para patio, para

dejar un corredor de desahogo entre su casa y la del vecino. En el Vedado hay quienes están fabricando en el lugar destinado a jardín, y esto lo permite el Municipio con una negligencia inconcebible.

Esta codicia del espacio no se manifiesta sólo en las residencias privadas. El que construye un teatro, por ejemplo, no cree necesario rodearlo de pasillos amplios, de salones de estar, de vestíbulos y de otras comodidades que en todas partes se estiman inherentes a ese tipo de edificación. En los Estados Unidos el más insignificante cine de barrio cuenta para todos esos menesteres con un espacio casi tan grande como el de la sala de lunetas. Un empresario cubano que fué a México, exclamó al ver el grande y hermoso vestíbulo del "Chapultepec": "En Cuba hubiéramos hecho otro teatro aquí".

Pero es que la ciudad misma, en lo que tiene de propiedad comunal, padece también de esa falta de espacios libres. Obsérvese que La Habana es una ciudad sin parques. Estamos en el trópico, donde la naturaleza es exuberante y donde el calor exige arboledas que den sombra y fuentes que refresquen el aire. No tenemos, empero, ni lo uno ni lo otro. El árbol cae pesado, sobre todo el árbol del vecino. Las pocas fuentes públicas que hay están tan secas como las pilas de las casas y los hidrantes del servicio de incendios. La urbe se abrasa bajo un sol de castigo, sin la virtud mitigadora del agua.

Que no haya parques en la parte vieja de la ciudad se explica por la avidez que tuvo la colonia primitiva de hacinarse junto al mar, con un espíritu puramente traficante. Por otra parte, las pocas plazuelas de La Habana antigua no dejan de tener su atractivo. Pero es que en las zonas por donde la urbe se ensancha, en los repartos nuevos, tampoco se deja el terreno necesario para esos lugares de embellecimiento y expansión. Todo parece poco para parcelar y vender.

Laredo Bru se enamoró del Bosque de La Habana e invirtió algunos créditos en obras de sembradío y acondicionamiento. Pero los gobiernos posteriores no prosiguieron los trabajos. Lo que existe hoy en las riberas del Almendares es un prebosque en ruinas. Otro proyecto que se frustró fué el de construir un gran parque nacional en el lugar donde se levanta la Ermita de los Catalanes. El mismo monumento a Martí se quedó en promesa.



IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

21

Un pueblo sin parques pierde el hábito de sentir la naturaleza, de querer su tierra, de gustar su paisaje. Los paseos, los parques, las avenidas con árboles, meten el campo en la ciudad y le recuerdan al hombre que no todo es máquina y artificio en la vida. El niuyorquino puede pasar sus domingos de campo sin salir de la ciudad, con sólo irse al Central Park, injerto en el corazón mismo de la urbe. El mexicano, desde cualquier punto de la capital tiene el Bosque de Chapultepec a unos pocos pasos. Nosotros, si queremos salir del agobio urbano, no tenemos más alternativa que el monte.

Y sin embargo hay hombres de buena voluntad que se esfuerzan por cambiar esta situación y que desinteresadamente hacen campaña para que el cubano no se descuide tanto en cuestión tan importante como la de administrar su propia naturaleza. Ahora mismo La Sociedad Cubana de Botánica ha lanzado la idea de crear un parque natural en cada municipio de la Isla. Uno de los propugnadores de esta iniciativa, el doctor Antonio Ponce de León, estima que ella es viable sin grandes dificultades ni gran dispendio económico. "Un parque natural —dice— no necesita gran extensión; lo que requiere es que se escoja con cuidado el lugar donde ha de establecerse, procurando el accidente geográfico más interesante, la existencia de determinadas plantas, etcétera. Tampoco requiere construcciones costosas, ni siquiera aceras de cemento: bastan los caminos necesarios para la mejor contemplación de lo existente".

Se trata de tomar un pedazo de naturaleza, acotarlo, cercarlo, hacerlo transitable y dedicarlo a parque municipal. En todas partes las zonas agrestes dotadas de cierto encanto natural son expropiadas por el Municipio y convertidas en parques. La única socialización que no puede discutirse es la de aquellos panoramas cuya superior belleza no debe ser patrimonio exclusivo de nadie.

El propósito de la Sociedad Cubana de Botánica merece ser tomado en consideración por las autoridades y por las instituciones cívicas de la República. Vivimos en una isla que sorprende a los extranjeros por la gracia apacible de su paisaje, el verdor perenne de su campiña y la fecundidad prodigiosa de su tierra. Pero los cubanos apenas paramos mientes en ello. El campesino está demasiado absorto en su faena para percatarse de la belleza de un palmar o de la grácil elegancia de una ceiba en medio de un alcor. Y el hombre de la ciudad vive de espaldas a la naturaleza sin un arbutu ni un hilo de agua que se la recuerde. No basta que existan las "bellezas del físico mundo" que nuestro Heredia contraponía a los "horrores del mundo moral". Es necesario deslindar esas bellezas, acomodarlas a la visión del hombre urbano, que no tiene la costumbre de los horizontes infinitos; salvar el encanto del río, del árbol, del trino, de la puesta de sol, de la oscura confusión en que naturalmente se hallan.

Por encima de todo propósito pedagógico y turístico, ésa debe ser la finalidad de los parques naturales en nuestras ciudades y pueblos: poner al hombre en contacto con una naturaleza domesticada, que se le haga familiar e infunda en su vida nuevos estímulos y hasta una dosis discreta de verdadero romanticismo.

DM, feb 6/49



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA